

MARITZA CINO ALVEAR,
Cuerpos guardados,
 Quito, b@ezeditores/
 Libresa, 2008.

¿Quién dice que la poesía y la vida son dos estancias separadas, dos cuerpos extraños que se repelen sin cesar? ¿O distantes cuerpos cuya naturaleza se piensa dispar? En ese ir y venir de experiencias, a caballo entre la vida y la poesía, discurre *Cuerpos guardados*, el último libro de Maritza Cino.

Aquí no hay un orden lógico que asiente la configuración del tiempo y el espacio. Ambos cuerpos aparentemente orgánicos –el bloque poético y la construcción en prosa– coexisten en un sinnúmero de entrecruzamientos simbólicos y sintagmáticos: se trasponen códigos y estos permanentemente se interpelan entre sí.

Si bien la lectura de *Cuerpos guardados*, tal como aparece sugerida a los lectores –primero poesía y después relato–, da cuenta de la trayectoria histórica de la autora (eminentemente lírica), el orden formal que sigue el texto no es una camisa de fuerza ni un impedimento para desplegarlos, libres de códigos que ordenen una lógica impuesta entre dos instancias que conservan la magia de su unicidad: existe una intención común de pensar la relación vida y poesía (literatura) en estos textos, divididos en cuatro partes, a modo de cantos épicos cotidianos de una realidad que, a ratos, suena desmitificadora. Esa realidad apunta la tensión que se establece, según las cifras verbales de la autora, entre la cotidianidad con su rumor de voces dispersas y la “magia evanescente” de la escritura.

Si partimos de la constatación de que todo sujeto lírico impone siempre un *ethos*, una conciencia de sí que se expande en la condición de literariedad que precede un texto escrito, donde la elaboración del lenguaje es fundamental para pensar la tensión que existe entre la literatura como supraestructura organizadora del orden de las palabras y el mundo de la vida, convendríamos en que estamos frente a un texto híbrido, que lo es no porque estén unidos prosa y verso, sino porque su intención y razón ontológica es la de encontrar respuestas a ese estado de creación y renombramiento incesante que es la literatura.

¿Y, cómo se establece la tensión con la vida? Dejemos que sea la propia autora quien lo revele: “En este manuscrito reposan las sustancias / de antiguos ritos destinados a los mares, esa mitad de eternidad que me persigue / en un memorial ausente de palabras”. Y después continúa: “La otra mitad de eternidad / desconoce la rutina y el silencio, voces que se mutan en esencias / de una escritura que conspira en mi retina”. La escritura conspira porque la voz siente que su condición de criatura primordial le lleva a regresar a su “sombra original”, donde atraviesa “efigies y pirámides”, acercándose al placer “con la clarividencia de lo breve”.

Ese estado original simboliza la arcadía perdida, condición adánica que se transmuta en poesía, a la vez que es la palabra el instrumento que le ayuda a tomar conciencia de esa “otra mitad de eternidad”. Por eso las constantes alusiones a la estructura verbal del lenguaje, que incluye sintagmas, etimologías, tonos y narraciones. Más que nada porque la vida se trueca en

poesía y la palabra deviene “insignia de un nuevo idioma” que “somete” al sujeto, que en la poesía se revela como “voz”, en una lógica metapoyética auto referencial: “Que la escritura no me toque / y su tono no me llegue, / que este festín de sonidos / no me interroge el sueño, que no me toque la vida / ni el aullido de sol”.

Cuerpos guardados tiene la frescura de los nuevos fuegos, de las intenciones íntimas, de los anhelos más profundos. Por eso, en la cuarta y última parte del libro, donde se acumulan los relatos, nos invaden seres familiares y cercanos: la madre, la abuela, los amigos, cuyos ríos desembocan en el mar de un decir más franco, liberado de viejas ataduras, alejado de esos enigmas que al inicio del texto lírico nos muestran esfinges, pirámides y memorias secretas.

Si bien en la poesía de Maritza Cino persevera el tono epigramático y reflexivo de *Infidel a la sombra* (2000), donde la voz explora el tierno y frenético rumor de las palabras, ese “combate” del que hablaba Alejandra Pizarnik; en la prosa, la autora demuestra una sorprendente vivacidad y gran facilidad para narrar contar mínimas historias que forman parte de un subgénero mixto que Maritza logra alcanzar: esa simbiosis entre prosa poética y relato se suma a la exposición y desarrollo de una escritura que busca acercar al lector y le lleva a “rincones anónimos” donde se vislumbran otras líneas de fuga.

Estos últimos “cuerpos guardados”, los relatos, son presencias familiares que nos remiten al misterio de lo no dicho, donde los significados aplazados se yerguen en una red de sentidos que trascienden la mera narrati-

dad: hoy, como ayer, la voz necesita una “clave” para re-presentarse, es decir, volver a presentarse como lo que es: una poeta. Por eso, los relatos del final están compuestos desde el nervio y registro poético que, en mi opinión, sustenta todo el trabajo creativo de Maritza Cino Alvear.

Tanto en sus primeros poemarios hasta en *Infidel a la sombra* (2000) —cuando la autora logra un nivel superior de pensamiento lírico y reflexión— comprobamos el eco de una posición personal frente al mundo que deviene, reescritura de su propia voz, al tiempo que invención y reinención lúdica de su memoria, de sus gestos, de su forma de ser, de sus deseos: “Perdida en un paraíso / de pertinencias inéditas / buscadora de ciénagas / instalo el deseo. // Lentamente me toca / Lentamente me toca / desde esta página en blanco, / su palidez me entretiene / de este silencio de historias, / me asigna placeres en una nueva versión. // Su movimiento es un río / que no alcanzo a editar”.

Esa apacible tensión que se siente en los poemas de Maritza Cino, entre vida y poesía, en el fondo no es tal. Porque como bien dice Roberto Juarroz, “un espacio no puede borrar a otro, pero puede arrinconarlo”. Así, estos versos y relatos que encuentran forma y sentido en la capacidad purificadora de la palabra no se ensimisman ni evaden, sino que buscan esa cercanía vital que les une al mundo real: “Una nueva parodia me atrapa/ la cotidianidad me libera./ Me entrego al sonido del fuego”. Entre la realidad y el deseo, Maritza Cino Alvear vive y se asienta en la locura abisal que la transforma: la poesía.

ÁNGEL EMILIO HIDALGO